

PANEGIRICO DE LA BORDADITA

Por el Dr. CARLOS JOSE ROMERO

Ilustrísimo señor, venerable claustro:

Cuando el 18 de diciembre de 1657, el Ilustrísimo señor don fray Cristóbal de Torres hizo la solemne erección de este ilustre instituto, pronunció, según narran las crónicas, una elocuente oración, en la cual dijo a la ciudad de Santafé y a los primeros colegiales, cuáles eran sus intentos en obra tan magnífica, y comenzó su sermón por estas palabras, tomadas del libro del Cántico: "Te llevaré a la casa de mi madre, y allí te daré a beber vino mezclado con el jugo de mis granadas." La madre a quien el insigne arzobispo conducía a sus discípulos, ¿no era, acaso, más bien que la orden dominicana, cuyo paso por estos claustros había de ser efímero, la Virgen Santísima del Rosario, a quien el fundador consagró desde sus principios este colegio, y bajo cuya disciplina maternal quería que se formara esta "congregación de personas mayores, escogidas para sacar de ellas varones insignes, ilustradores de la república con sus grandes letras y con los puestos que merecerán con ellas, siendo en todo dechados del culto divino y de las buenas costumbres, conforme a su profesión?"

Las palabras inspiradas, escogidas por Fray Cristóbal en la inauguración de este colegio, nos dicen bien el intento del prelado en su fundación, y nos dicen también por qué razón quiso consagrarlo a la Virgen Madre de Dios bajo el título del Rosario. Pues el vino que ofrecía a sus alumnos venideros es imagen de la sabiduría, licor generoso que embriaga a los que lo beben hasta el punto de que jamás volverán a tener sed, los eleva sobre sí mismos y los fija en la contemplación de lo eter-

no e inmaterial; y el jugo de granadas, al decir de Santo Tomás, es el fruto de la pasión de Cristo, o sea la caridad, simbolizada en el color purpúreo de aquellas pomas que fueron en un tiempo el signo de nuestra nacionalidad. Quería, pues, el arzobispo fundador dar a los hijos de este claustro vino de sabiduría, de esa sabiduría que hace juzgar de todas las cosas en sus causas altísimas, y que capacita para ordenarlo todo rectamente en relación con sus fines últimos, e inflamarlos en ardor de caridad, ardor sobrenatural que los hiciera capaces de todos los sacrificios y de todas las abnegaciones. Así saldrían de estos claustros "varones insignes, ilustradores de la república, a la que darían leyes ordenadísimas y a la que forjaría con el sacrificio de sangre". Y al frente de ese instituto, como inspiradora de sus obras, puso el maestro Fray Cristóbal a la Virgen María, Madre de Dios, a la que la tradición eclesiástica ha dado el título de "Trono de la Sabiduría" y a quien el sentido cristiano ha atribuido en todos los tiempos la debelación de los errores y el triunfo de la verdad. Y quiso que se la invocara en estos claustros bajo el título del Rosario, la fórmula popular por excelencia de la devoción católica, fórmula que contiene en sí una fuente escondida de sabiduría, dando a entender con esto que no se contentaba con enseñar a las juventudes de nuestra patria la ciencia humana, cuyas cátedras había establecido y reglamentado con tanto cuidado, sino que quería elevarlas hasta la sabiduría, conocimiento superior y trascendente, práctico y fructuoso, y no a una cualquiera sabiduría, sino a la sabiduría sobrenatural, que es una participación del conocimiento que Dios tiene de las cosas, y cuya fuente se halla en los misterios de Cristo, de Cristo que es la revelación de Dios al mundo, y que se dio a los hombres por primera vez y que se sigue dando a través de María.

Para nuestro mundo, señores, sumergido por completo en la materia, esclavo de una ciencia en la cual sólo busca la utilidad práctica, y dado a medir la excelencia de una persona en el orden intelectual por su versación en aquello a que ha da-

do antonomásticamente el nombre de Ciencia, es a saber, el conocimiento experimental y el conocimiento matemático, y que ha decorado con el pomposo nombre de sabios a los que sobresalen en tales disciplinas, parecerá, sin duda, paradójico y aun digno de risa el que la tradición católica llame a María trono y fuente de la sabiduría y haga de ella el símbolo de la más alta perfección intelectual y el ideal de perfección para la inteligencia cristiana. Porque, ¿qué sabiduría podía haber en aquella mujer humilde, hija de un pueblo humilde e inculto, que ignoraba por completo las ciencias de la materia y que no se empleó jamás en esas investigaciones portentosas que sorprenden el secreto de la vida, el misterio de los astros o las energías inconcebibles del átomo? ¿Ni cómo podrán aprovechar en su escuela los que buscan la solución a los más intrincados problemas, ni qué podrán aprender de una simple mujer judía los hijos de nuestras grandes democracias, los hombres de esta época, la más poderosa, la más grande, la más atrevida de la historia de la humanidad?

Y sin embargo, señores, la tradición cristiana que ha llamado a María "Trono de la Sabiduría", no tiene nada que retractar en este título. Y quiero hacerlos notar que él no es de carácter metafórico, que no envuelve solamente un ardoroso sentimentalismo de corazones filiales, sino que, al contrario, tiene un significado real y ajustado a la más severa terminología teológica. Para lo cual es de advertir que entre la **sabiduría** y la **ciencia**, nombres que se han identificado en su sentido vulgar, hay una profunda diferencia que toda la tradición, así la bíblica como la de los filósofos griegos —fuentes distintas que se funden en la escolástica—, reconoció y mantuvo firmemente, como base de la cultura y de la perfección humana.

Parece que nuestra época hubiera olvidado que hay para el entendimiento humano un doble objeto, al cual debe dirigir su atención, y cuyo conocimiento es necesario, aunque en diversa medida, para la perfección intelectual. Primeramente, con anterioridad de tiempo, el espíritu humano conoce las cosas exteriores y sensibles y siente una preocupación por des-

entrañar su naturaleza y sus leyes; en segundo lugar, con posterioridad de tiempo, el entendimiento humano se dirige al mundo inteligible, el mundo que excede a la materia, y en cuya cumbre se halla el Ser por excelencia, principio y fin de la universalidad de los seres. San Agustín llamó a la operación por la cual conocemos el mundo de abajo, el de lo temporal y mudable, **razón inferior**; mientras que dio el nombre de **razón superior** a aquella operación de nuestra alma por la cual contemplamos lo espiritual, inmaterial e inmutable, y llegamos hasta Dios, para conocerlo como fin de todas las cosas y principalmente de nuestras propias actividades, y ordenamos éstas y las cosas exteriores que de nosotros dependen, en relación con El. Pero advierte Santo Tomás que estos dos conocimientos, ya que son propios del mismo sujeto, no pueden ser separados: lo inferior se subordina a lo superior, y por el conocimiento de lo temporal que alcanza la razón inferior, llega la superior a la especulación de lo eterno, pues, según lo decía el Apóstol, "se llega al conocimiento de las perfecciones invisibles de Dios mediante el conocimiento de las cosas creadas". (Suma Teológica, I, LXXIX, a. IX, c.). Y añade el Doctor Angélico que la razón inferior se perfecciona por la ciencia, la superior por la **sabiduría**.

Ved por qué, señores, podemos afirmar que María poseyó en su vida mortal una sabiduría perfectísima, la más perfecta a que haya llegado criatura alguna. Pues lo propio el sabio —hablando no de una sabiduría particular sino de la sabiduría en su sentido absoluto—, considerar la causa más alta de todas, por lo cual todo puede ser juzgado, y según la cual se deben ordenar todas las cosas. Por tanto, el que conoce la Causa Primera de todas las cosas, que es Dios, es sabio en el más propio sentido de este nombre, pues de acuerdo con las reglas divinas puede juzgar con seguridad todas las cosas y sabe ordenar las cosas convenientemente. (II-II, XLV, I, c.). Y María tuvo de Dios el conocimiento más perfecto porque habiéndosele dado en grado sumo el don de la gracia santificante, tuvo también en grado sumo el de la fe, conocimiento sobrenatu-

ral de Dios, que nos hace conocer a Dios tal cual es en sí mismo, de una manera mucho más perfecta que como lo pueden conocer las especulaciones de los filósofos. Y por el don sobrenatural de la caridad, por el cual el alma posee a Dios, se une a El y se hace con El, en cierto sentido, una sola cosa, adquirió ese conocimiento especial, que es el que más propiamente recibe el nombre de **sabiduría** y que consiste en una cierta penetración o connaturalidad, como decían los escolásticos, con las realidades divinas, las que son, para el que posee esta virtud, no sólo objeto de estudio intelectual, sino de una cierta experimentación en el orden práctico. Por lo cual dice San Bernardo que "sólo a ella fue dado conocer profundamente aquello que sólo ella pudo experimentar", a saber, los misterios de la encarnación y redención, los cuales son para la humanidad la suprema explicación de todos los secretos y de todas las oscuridades que se hallan en la historia de cada alma, y en la historia del mundo; y ella los conoció, por tanto, "no sólo con una simple ciencia, según palabras de San Anselmo, sino en sus efectos y por experiencia propia".

Es esto, señores, lo que se llama con toda propiedad **sabiduría**, la cual es don sobrenatural, que da un conocimiento superior a la misma fe, y da al que lo tiene una certeza y una seguridad que no puede dar ninguna ciencia humana. Es esto lo que en el lenguaje teológico se llama propiamente la **contemplación sobrenatural**, que la Virgen María poseyó en grado eminente. Acerca de lo cual dice Dionisio el Cartujano, el célebre Doctor Extático: "Así como la Virgen María fue adornada de modo incomparable con el don de sabiduría e inefablemente llena de él, así conoció en esta vida a Dios y conoció las cosas divinas y eternas y celestiales de un modo más claro que criatura alguna, pasando su vida de una manera estable, pura, ferviente y cuasi continua en la divina contemplación, meditando atenta y devotísimamente los misterios de Cristo; imaginando la mirada de su purísima y ferventísima inteligencia en la luz limpidísima e increada de la simple y suma Deidad, sumergiéndose en ella con amor y con delicia. Contem-

plando al mismo tiempo el abismo incomprensible de los juicios de Dios, y creyendo con tanto mayor certeza los misterios de la encarnación y del nacimiento de Cristo, cuanto más singularmente le había sido dado experimentarlos en sí misma, y contribuir a su cumplimiento."

De esta manera, señores, la Virgen María, cuyo entendimiento estuvo siempre fijo en la Verdad Divina, cuya voluntad se unió al sumo Bien de una manera inmovible, cuyas energías todas colaboraron en el plan divino de la redención y restauración de la humanidad, llevadas a cabo por el Hijo de Dios, merece bien el título de "Trono de la Sabiduría", y está bien como modelo del intelectual, tal como lo quería Fray Cristóbal de Torres y tal como ha de realizarlo una verdadera cultura cristiana. Pues no es para el cristianismo la cultura un estéril conocimiento intelectual, ni puede tener por fin único la satisfacción que el conocimiento da al que lo posee, antes bien, debe ser un principio de actividad que le proporcione un ideal, un plan, un modelo según el cual ponga orden en sí mismo y los demás, según el principio frecuentemente repetido por Tomás de Aquino: "**Sapientis est ordinare**, es propio del sabio ordenar": en sí mismo por el trabajo moral de perfeccionamiento continuo, según los principios inmutables de la ética cristiana; en los demás, por una acción política bien ordenada, encaminada a regular la vida de la comunidad temporal de acuerdo con las leyes del Reino de Jesucristo, cuyo establecimiento es el fin que la Providencia Divina se propone en el mundo y que son las únicas que, como la historia contemporánea lo está demostrando, pueden hacer la felicidad y la prosperidad de los pueblos, porque sólo ellas tienen en cuenta las verdaderas necesidades de la naturaleza humana, y sólo ellas dan a las naciones, a la vez la riqueza material, y esa otra riqueza, mucho más deseable y más alta, que es el valor moral, que forma las verdaderas personalidades, tan raras hoy en el mundo, precisamente porque la formación de la juventud se ha orientado hacia la estima desmedida de lo material, con desprecio y abandono de la verdadera sabiduría.

Y aquí cabe advertir que la verdadera sabiduría no es para el cristiano, como para los filósofos antiguos, un simple conocimiento de Dios, pues ya que nuestra vida se ordena y dirige a gozar de Dios, según una cierta participación de la naturaleza divina, que se nos da por el don sobrenatural de la gracia, no podemos considerar la sabiduría solamente como conocimiento sino también como norma práctica directiva de la vida humana, la cual no puede ser ordenada por las solas razones humanas sino que es necesario que lo sea también por las divinas (S. Th., II-II, XIX, art. VII, c.). Pero para dar a la vida esa dirección de orden divino y para procurarla también a la sociedad en que vive, el cristiano, a más de conocimiento, necesita amor; y así como María, por el solo conocimiento de los misterios, si no hubiera estado sostenida por una ardentísima caridad sobrenatural, no habría podido cumplir su misión de colaboradora de Cristo y corredentora de la humanidad, así tampoco el hombre puede cumplir con su misión de cristiano sin una ardiente caridad, la cual es amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo por Dios.

Es ésta la razón, señores, por la cual el insigne arzobispo Fray Cristóbal de Torres no se contentó con poner este colegio bajo el patrocinio de María, sino que quiso ponerlo especialmente bajo el título de Nuestra Señora del Rosario; porque esta devoción popular, es a un mismo tiempo fuente de conocimiento de los misterios sobrenaturales, que forman la trama de la obra de la redención, y fuente de amor a Cristo que se hizo hombre para salvar a la humanidad, es decir, para restaurarla en el orden, para encaminarla a su principio, para devolverle la dignidad que había perdido por el pecado. "No es posible, dice el Pontífice León XIII, considerar tales testimonios de amor de nuestro Redentor, sin que la voluntad reconocida se inflame. Pues la fuerza de fe que esta consideración provoca será tan grande, que la inteligencia del hombre, ilustrada por la verdad, y su corazón vivamente conmovido, lo impulsarán tras los pasos de Cristo a través de todos los obstáculos, hasta poder repetir esta declaración, digna del Apóstol San

Pablo: "¿Quién nos separará de la caridad de Cristo? Ni la tribulación, ni la pobreza, ni el hambre, ni el peligro, ni la desnudez, ni la espada!"

Señores alumnos de este Colegio Mayor: el título del Rosario con que os gloriáis, la imagen de María que tenéis ante vuestros ojos, os están diciendo constantemente, por voluntad de vuestro fundador, que debéis buscar la sabiduría, como término de vuestros estudios y como fruto de vuestros afanes. El mundo actual se halla sumido en la estulticia, que es, según el Angélico, el vicio contrario a la sabiduría, y que consiste en juzgar de las cosas eternas y divinas según las mortales y perecederas. Se ha querido ordenar la vida social en relación tan sólo con la satisfacción de las necesidades materiales, y convertir la ciencia del gobierno en una simple técnica económica; se ha pretendido establecer como principio y criterio supremo de la verdad las aspiraciones de la raza y poner el fundamento del derecho y aun de la religión, en la sangre y en el instinto nacional; se quiere juzgar de los grandes intereses de Dios, de la salvación de las almas y de la misión de la Iglesia Católica de acuerdo con los intereses de los partidos políticos y con sus ambiciones de mando; todo ello es estulticia, pues lejos de juzgar y ordenar todas las cosas según las razones supremas, que son las razones de Dios, se quisiera sujetar a Dios mismo a nuestras débiles razones y a nuestros mezquinos intereses.

La Virgen Santísima del Rosario, cuya imagen, bordada por manos reales, preside vuestro instituto, os recuerda que debéis buscar, por sobre todo, el conocimiento y el amor de Dios, y hacer de ellos el criterio de vuestra vida y de vuestra actividad, y la historia de este colegio os está diciendo que debéis consagrar vuestros esfuerzos, así ordenados según las razones supremas, al bien de la patria y al provecho de vuestros conciudadanos. Aquí estudiáis las ciencias profanas, cuyo estudio ordenó Fray Cristóbal, el primero en nuestro país; y ese estudio es condición indispensable para haceros útiles y para contribuir al progreso de la comunidad en que os ha tocado vi-

vir. Pero ese estudio y el conocimiento que por él se adquiere, no es fin último, ni en el orden del saber ni en el orden de la vida. No en el orden del saber, porque a través de las cosas creadas debéis elevaros al conocimiento de Dios, para fijar vuestra mirada en el Ser que es arquetipo de todos los seres y del orden que debéis poner en las cosas por vuestra actividad personal. No en el orden de la vida, pues nada habréis hecho con el estudio de la ciencia si no ordenáis vuestras propias personas de acuerdo con la verdad, cuya fuente es Dios, y si no os encamináis a El como a fin último. Esa es la obra por excelencia que habréis de realizar, y si no la realizáis, habréis fracasado por muchos que sean en otros órdenes vuestros éxitos.

Pero sí la realizaréis: la Bordadita, bajo cuya protección os habéis formado. Si acudís a ella toda vuestra vida con esa oración que el fundador de este colegio ordenaba recitar a mañana y tarde, porque, según él decía, "habéis de imitar al Doctor Angélico, el cual alcanzó más sabiduría orando que estudiando", con esa plegaria a la cual fue fiel este instituto aun en los momentos más oscuros de su gloriosa historia, la Virgen del Rosario será para vosotros luz que esclarezca vuestras inteligencias y que guíe vuestros pasos en la ordenación de vuestras propias vidas y en el servicio de la república, y os hará, al fin, como al sumo poeta cristiano, "penetrar en aquella luz altísima que contiene en sí toda verdad". (Divina Comedia, Paraíso, XXXIII, 53-54).

CARLOS JOSE ROMERO, Pbro.

EL MITO DE BOLIVAR TOMISTA

(Contestación al doctor Jesús Estrada Monsalve)

"La verdad os hará libres." Ioann., VIII, 32

IX. ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE OBJETO Y FIN DE UNA POLEMICA CIENTIFICA ALGO DESVIADA.

Apareció en el último número de la Revista de este Colegio un escrito del doctor Jesús Estrada Monsalve, titulado "Simón Bolívar en Santo Tomás de Aquino" (1), y el cual previamente se anunció como réplica a mi artículo "Santo Tomás de Aquino, Simón Bolívar y la Democracia", publicado hace algunos meses en esta misma Revista (2).

Creía que el miembro de la Academia Caro se limitaría a tratar de mis tesis, opuestas a las defendidas por él; pero lo que encontré fue, más que otra cosa, un análisis, no de mis argumentos, sino de los defectos intelectuales, biológicos, morales y literarios de mi humilde persona; la que ha sido, además, enjuiciada y declarada culpable por el doctor Estrada Monsalve de no pocas herejías mayores, en juicio breve y sumario. Acúsame el ex fiscal del Juzgado Superior de tener "una noción herética de la soberanía"; de ser partidario del "sillonismo condenado por León XIII y Pío X"; de haber incluido a "Juan Jacobo Rousseau entre los doctores de la Iglesia". Aparentemente preocupado por mi salud, habla de la "deficiente deglución de un buen pienso de lecturas" y de mi "conocida rabia antinazista", y me asusta con la diagnosis de que mi "cerebro está irrigado por el más radical liberalismo". Opone a mi "suficiencia dogmatizante" y a mis "vanas arrogancias" su propia "humildad", indicando que él no se considera un sabio, sino tan sólo un "amante de la sabiduría" (philosophos), al par de Pitágoras. Me califica de "gigante del sofisma", de "veterano de la contradicción" y de "digno representante de aquel pseudo-tomismo que pretende ver en Santo Tomás y en Aristóteles algo a la manera de una sociedad en comandita en donde el Santo no hace más que divulgar la metafísica del filósofo de Estagira". Declara que encuentra en mi crítica de su discurso "tan notorias fallas, descuidos tan patentes e inexactitudes tales, que en su ánimo ha flaqueado a veces la seguridad de que una buena fe estrictísima presida por parte mía el normal desenvolvimiento de esta controversia"; y afirma observar para conmigo "la debida lealtad, indispensable en toda polémica rectamente encaminada". También advierte mi "incapacidad expresiva", y descubre que